

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

España:

Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes

Extranjero:

Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

EL PREMIO DEL BIEN OBRAR

I.

Su padre tuvo una herencia considerable, y tanto se engrió el hombre, que se propuso hacer ostentación de su riqueza y poderío, vejando y oprimiendo a cuantos de él necesitaban, para vengarse así de los desprecios y humillaciones que en su pobreza hubo de sufrir.

En cambio Esteban opinaba de muy diferente manera. Creía que quien ha visto las negruras de la miseria, debe ser en la opulencia quien más se conduela del necesitado; pero aunque una y otra vez se atrevió a exponer ante su padre estas ideas, sólo consiguió que éste le contestase:

—Esos son romanticismos de jóvenes inexpertos... Cuando tú llegues a padecer lo que yo he padecido; cuando te convenzas como yo de que el hombre es el animal más ingrato del mundo, entonces no pensarás como ahora piensas.

Y firme en su teoría, el padre de Esteban puso todo su empeño en hacerse odioso, insoportable, llegando al fin a verse otra vez pobre y aislado, sin que nadie se resolviera a acudir en su ayuda.

Gracias al magnífico corazón de su hijo pudo vivir Esteban regularmente durante unos años, al cabo de los cuales recibió Esteban una carta, notificándole que por vía de restitución se le entregaría una colosal fortuna en cuanto se trasladase al punto de donde le escribían.

La carta era de un señor párroco, que decía a Esteban: «El penitente que me da esta comisión me encarga que le diga a usted que hace unos años fué víctima del desenfreno autoritario de su padre, lo que le incitó a engañarle en cuestión de intereses; mas como usted fué para él buenísimo, hoy que sabe cómo usted trabaja para alimentar a su padre, quiere devolverle lo que a éste le detentó, con los intereses capitalizados, todo lo cual asciende a la cantidad de referencia.»

—¿Y qué vas a hacer con ese caudal?

—le preguntó a Esteban su padre.

—Todo el bien que pueda, padre mío—respondióle aquél.

—¡Bah! ¿Si creerás que te lo han de agradecer?

—El obrar bien siempre satisface, padre mío, y como además espero que Dios me lo tome en cuenta...

El viejo se encogió de hombros, porque a pesar de lo mal que le fué con su sistema, parecía el mejor de todos; mas convencido que nada lograría de Esteban, se calló, disponiéndose a acompañarle a éste en su viaje a la población en donde estaba la herencia.

II.

En cuanto se hizo cargo de ella Esteban, dijo al señor párroco:

—No pretendo curar los males todos de su feligresía; pero le ruego a usted que me diga en cuanto llegue a su noticia la necesidad de alguna familia, y más particularmente de las que antes se hayan visto con algún desahogo.

—Dios le premiará a usted su caritativa obra—contestóle el buen sacerdote.

Pocos días después volvió éste a la casa de Esteban, a quien dijo:

—Yo no sé si la familia de que vengo a hablarle merecerá su protección, pues realmente sus individuos no son feligreses de mi parroquia, aunque vivan cerca de la iglesia.

—¿Pues?—preguntóle Esteban.

—El jefe de la casa está separado de la Comunión de los fieles desde hace muchos años; se casó civilmente; tiene a sus hijos sin bautizar...

—¿Y además se halla necesitado?

—En la mayor miseria, y es fácil que hoy mismo le saquen a la calle, a pesar de que a consecuencia de un padecimiento en los pies no puede moverse.

—¿Sabe usted a qué se ha dedicado ese infeliz?

—Gastó su fortuna en crear y sostener periódicos revolucionarios y escuelas sin Dios, y al arruinarse se vió precisado a ganar el pan de escribiente de un abogado, hasta que la enfermedad le ha sujetado en casa.

—¿Pero puede escribir?

—Perfectamente.

—En ese caso ya sé cómo arreglarme para prestarle ayuda.

Tomó el nombre y las señas, cogió de su despacho un voluminoso paquete y se dirigió a la casa del recomendado, que se hallaba en un extremo de la población.

El cuarto que ocupaba aquella pobre familia no era malo, pero se advertía en él la miseria en que sus moradores vivían. Ni la mujer, que salió a abrir la puerta, ni los varios niños que allí se arrimaron, tenían sobre sus cuerpos más que pobres andrajos. El amo, que estaba sentado en la sala en una vieja butaca, único mueble que allí se veía, no lucía mejor ropa. Cubierto de arriba abajo con un raído capotón, no parecía tener más sobre su desfallecido cuerpo.

III.

A Esteban se le cayó el alma a los pies al ver aquello, y sentándose en una desvencijada silla que la mujer trajo, comenzó a hablarle al tullido en esta forma:

—Tengo escritos una serie de novelas y cuentos que deseo coleccionar, y como me faltan tiempo y paciencia para po-

ner los originales en limpio, y mi letra es muy mala, he buscado quien se encargase de esta labor y me han recomendado a usted. ¿Podrá usted hacerlo?

—No hay inconveniente—contestó el hombre algo animado.

—Le advierto a usted que no corre prisa—añadió Esteban,—pues no se trata más que de un capricho, toda vez que no he de negociar con los libros.

—Sin embargo, como estos trabajos se suelen pagar por pliegos...

—Es verdad; pero yo no quiero que se desoje usted descifrando mis escritos para sacar un jornal mísero.

En aquel momento oyóse un fuerte alabazo dado en la puerta de la habitación, y momentos después fuertes voces de hombre y llantos de niños, y súplicas de mujer. El inválido palideció aún más y removiéndose en su sillón.

—¿Que está con un caballero?—gritaba la voz de hombre allí cerca.—¡Ya será algún otro granuja como él!

Al oír aquello el enfermo enrojeció como si le fuese a dar una congestión, apretó los puños y dijo algo que más parecía blasfemia que oración. Y entretanto, continuaban los llantos y las súplicas, y la voz del visitante, que decía:

—Me debe ya cuatro meses de alquiler, que son cien pesetas, y ya dije que hoy vendría por ellas o a echarles a todos por la escalera.

Levantóse al oír esto Esteban y diciendo al inválido que volvía enseguida, salió al pasillo.

—Vengan esos recibos—díjole al de la voz, mientras sacaba de la cartera un billete de a cien pesetas.

—¿Me va usted a pagar?—exclamó el otro asustado.

—Ahora mismo—le contestó Esteban, haciendo el cambio de papeles.

—Caballero...—dijo el soez, doblando el espinazo.

—¿De modo que ya no soy granuja, como decía usted poco hace?

—¿Yo?

—Sí, usted, que debe marcharse inmediatamente y no volver jamás a entrar en esta casa, por muy suya que sea.

Y se marchó el bravo con las orejas gachas, porque era de la raza de aquellos que son valientes con los humildes y cobardes con los poderosos.

La madre y los niños, testigos de aquella rápida escena, no sabían qué pensar de ella ni acertaban a decir una palabra; tan asombrados les dejó el caso.

Esteban, sin parar mientes en ello, entró de nuevo en la sala, y entregando al inválido los recibos, le dijo:

—Ahí tiene usted eso, y ahora tome usted—añadió sacando doscientas cincuen-

ta pesetas—la asignación del mes primero por los trabajos que ha de hacer usted.

—Pero, señor mío—habló el enfermo llorando a lágrima viva—¿qué he hecho yo para recibir tal premio?

—¿Y qué hago yo para que a usted le extrañe?—contestóle Esteban, que añadió retirándose:—Ya volveré por aquí dentro de algunos días para ver si ha encontrado usted algunos tropiezos en mis escritos. Primero debe usted leerlos todos.

Y sin dar tiempo a que los pobres aquellos volviesen de su estupor, abandonó la casa.

IV.

Entró en la suya tan alegre, tan contento, tan lleno de satisfacción, que al verle su padre le dijo:

—Ya has hecho alguna de las tuyas.

—¡Phs!—dijo Esteban.

—Apostaría doble contra sencillo a que te has dejado timar por algún vividor.

—Dentro de un mes, o quizá antes, le diré a usted si he sembrado en tierra fértil o en roca.

Ni siquiera ocho días transcurrieron cuando se presentó otra vez en casa de Esteban el buen párroco, que por primer saludo abrazó estrechamente al joven.

—Permitame usted esta expansión—le dijo luego,—porque es mi alegría muy grande.

—¿Qué ocurre?—preguntóle Esteban.

—Que ya puedo casi llamarles feligreses míos a aquellos pobres seres que usted socorrió tan largamente.

—¿De veras?

—Ayer vino a verme la desgraciada mujer, pidiéndome por favor que fuese a su casa. Fui en el acto, y me encontré con el tullido, que estaba instruyendo a sus hijos en la Doctrina Cristiana.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Esteban.

—Al punto de verme el enfermo me contó lo ocurrido con usted, diciéndome cómo el casero a quien usted pagó fué un amigote y aun protegido suyo en sus tiempos de borrasca. Díjome también que empezó a leer después sus obras, y que a medida que saboreaba aquellos cuentos tan llenos de dulces y consoladoras enseñanzas, iba sintiendo que del corazón le subía algo, que al cabo se convirtió en llanto consolador, en lluvia bienhechora, en rocío fecundante. Llamó después a su mujer y a sus hijos, y con lágrimas en los ojos les leyó algunas de aquellas conmovedoras páginas, en las cuales dice que ha derramado usted su alma entera; y cuando terminó la lectura dijo:—¡Esto que parecen ensueños lo ha llevado a la realidad su mismo autor, un creyente sincero, un verdadero cristiano que rebosa amor al prójimo, no altruismo; caridad, no filantropía; mientras mis amigos de antes, mis paniaguados de un día me abandonan como a trasto inútil, como a objeto inservible!

Como él y su mujer y sus hijos lo vieron claro, lo palparon, resolvieron al punto volver al buen camino, y hétélos preparándose unos y preparándose el otro para la unión sagrada y el bautismo.

—¿Y usted les ha dicho algo de lo que ha habido?—le preguntó Esteban al párroco.

—No, señor,—repuso éste;—nada he hablado del asunto.

—Me alegro; así puedo ir yo a verles como si nada supiera del cambio.

Y allá se fué Esteban, a quien le recibieron con palmas. En la casa había cambiado todo, y hasta el enfermo aparecía esperanzado de recuperar la salud.

—¡Ay, caballero!—decíale éste a Este-

ban.—¡No sabe usted cuánto bien nos ha hecho con su primera visita! Lo de menos es la mejora de la parte material, con ser ésta muy grande. El cambio en la parte moral es el que nos llena a todos de venturas... Hace ocho días mis hijos no sabían una palabra de Catecismo; hoy puede usted preguntarles lo más importante y verá usted cómo le contestan y se lo explican; y es que yo he recordado mis buenos tiempos y he hallado en ese diminuto libro tales enseñanzas, que se han abierto ante mí nuevos y esplendorosos horizontes.

El enfermo se expresaba con fuego, con viveza, como quien está poseído de lo que dice, y al oírle, el alma de Esteban se llenaba de júbilo, y de su corazón brotaba un himno de gracias al Altísimo.

No hay que decir después de esto con qué cariño tomó el copiante la tarea de poner en limpio aquellas obras que tanto bien le hicieron; y después de hablar de elló, díjole Esteban que para coronar la fiesta se ofrecía él a ser padrino de la boda y del bautismo de los niños; propuesta que fué aceptada con indecible gozo.

Al volver a su casa no tuvo ya inconveniente en contarle a su padre el timo de que había sido objeto; mas como el viejo no daba su brazo a torcer, propúsole que fuese con cualquier pretexto a casa de sus protegidos y se cerciorase de la verdad.

Aquella visita conmovió al anciano de tal manera, que regresó a su casa llorando, pidiéndole por favor a su hijo que le dejase a él ser padrino del más pequeño de los niños, un chiquillo de ocho años, más listo que el hambre.

Entonces conoció el hombre cuán grato es hacer bien; y el día que aquella familia entró en el templo a regenerar sus almas, el testarudo anciano aseguraba que todos sus triunfos de venganzas y persecuciones no le dieron un momento de ventura y aquel acto le llenaba del más inefable consuelo.

ENRIQUE DE OLEA.

¡¡Hasta la muerte!!...

Para Sor Josefa Serra, de San Vicente de Paul, amable consejera del delincuente, mi admiración.

Día hermoso de primavera; los pájaros entonaban mil variaciones con sus trinos sonoros; el cielo desplegaba un azul purísimo; todo Sevilla parecía despertar alegre y alborozado, como niño que abre los ojos sonriente en el seno de su madre.

Aquella mañana las campanas de la Virgen de la Esperanza volteaban rápidamente, esparramando su metálico concierto por todo el ámbito donde hoy se levanta una hermosa ciudad y se crean deliciosos y perfumados jardines, admiración de turistas.

¿Qué se iba a celebrar en la bulliciosa iglesia? ¿Por qué así se llamaba a los fieles desde que el sol apareció brillante y majestuoso en el Oriente?

Eran las nueve de la mañana; multitud de vehículos ostentando los blasones más ilustres indicaban que la alta sociedad estaba convidada a la solemnidad que iba a efectuarse.

Sevilla, a fuer de ciudad curiosa, se apiñaba en el paseo de Triana y bien pronto interceptó todos los caminos practicables para penetrar en la iglesia de la Esperanza.

Y empezaron como siempre los codazos, empujones, pisadas y gritos.

—Y ¿sabe usted quién es?—preguntó un robusto hortera que arrastrado por la curiosidad general había abandonado su mostrador, y se hallaba al lado de una joven modista.

—¡Bah! Sevilla es grande y es muy difícil saber el nombre de la desposada.

—Muchas gracias, señorita—murmuró el preguntón medidor de lienzo.

—En debido pago, yo le abriré a usted camino para entrar.

La iglesia estaba magnífica, suntuosa, esplendente. Las colgaduras, las luces, las flores, el incienso, ese místico recogimiento que siempre reina delante del tabernáculo, urna de oro de Dios que brilla con los esplendores de la divinidad; todo contribuía para que el pensamiento se elevase sobre las miserias mundanales, y el alma se abismase en las grandezas de la gloria.

La curiosidad era inmensa y el lujo extraordinario.

En el fondo del coro la comunidad estaba extendida como una tímida bandada de palomas, esperando el principio de la ceremonia. Y palpitante, bajo el más suntuoso atavío, se descubría pálida como estatua de una esbeltez griega, la señorita María Valdemar.

Era María hermosa y elegante... Flor perdida para el mundo, no tenía ya ni el aire ni la alegría de aquella época de lujo, de ilusión, de vértigo. Era la víctima del sufrimiento que se eclipsaba para siempre en las lejanías de un horizonte impenetrable. El huracán de los desengaños había traído esta alma a Dios, había acudido a El con los brazos abiertos y el alma desgarrada.

Principió la misa y la música con sus más solemnes notas hizo palpar de emoción todos los corazones.

Oíanse de cuando en cuando como suspiros sordos acentuados por la fé... esas oraciones vagas que vuelan en medio de columnas de incienso.

Las monjas estaban con velas encendidas en la mano, y a veces entonaban cánticos puros como las modulaciones de la brisa a través de espesa arboleda.

El sermón fué dicho con unción evangélica, donde el orador explicó cuán dulce y tranquila es la vida monacal, y cuán bello y meritorio es a los ojos del Señor el sacrificio de esas mujeres que huyen de las borrascas del mundo.

Un silencio sepulcral se extendió por todas las naves del templo.

Había llegado el momento de la profesión.

Después de las ceremonias de rigor tenía la profesora que firmar el acta de libre consentimiento, la cual estaba extendida en el comulgatorio sobre rico paño de terciopelo.

Parecía como si toda su sangre, su aliento, su vida, hubiesen desaparecido de su cuerpo. ¡Ay! debía leer pero no pudo...

—¡Animo!... hija mía—le dijo el sacerdote con acento consolador.

—Gracias, padre mío, murmuró, y dos lágrimas rodaron por sus blancas y enflaquecidas mejillas.

—Leed ahora... que vuestro acto presente es de los más aceptables al Celestial Esposo de las almas.

La voz metálica y vibrante de María se oyó por todas partes.

«Yo, Sor María del Corazón de Jesús, »hago solemnemente mis votos de humildad, castidad y pobreza, y juro delante »de Dios vivir en el asilo que he escogido, usque ad mortem.»

Fórmula grande y sublime, que encerraba en sí terrible sacrificio, según el

mundo; la más grande felicidad de su alma, entregada por entero a Cristo, según la Religión.

Entonces con mano convulsa principió a firmar.

¡Cosa extraña! En aquel mismo momento llegaron a sus oídos notas lúgubres y profundas, las campanas empezaron a doblar, los sacerdotes cantaban un responso y el gentío se inclinó en silencio.

No sabía si en aquel instante acababa de exhalar su último suspiro.

De pronto sintió que sus piernas le flaqueaban, y ya iba a caer de espaldas, cuando sus hermanas de profesión la condujeron a los pies de la superiora.

En seguida sintió que le arrancaban la corona virginal que ceñía sus sienes y una mano invisible agitó en el aire unas tijeras, y entonces sintió crujir aquella sedosa diadema de cabellos que tiempos antes habían sido objeto preferente de sus cuidados.

Pero en el mismo momento que otra mano iba a ponerle el negro velo de las «hijas predilectas del Señor», en aquel instante de suprema emoción abrió los ojos con extravío, mirando a todas partes como el calenturiento que vierte el fuego del delirio, y fijándose en un punto de la iglesia, extendió las manos, dió un grito y cayó desmayada en los brazos de la superiora.

¿Qué era aquello? ¿Qué había visto María?

Un hombre lloraba apoyado en un altar, un hombre que atraído por las campanas, mejor diré, llevado por Dios, había penetrado en la iglesia de la Virgen de la Esperanza, ajeno de lo que iba a presenciar; un hombre con los ojos fijos y el corazón atribulado, acababa de oír los votos de la profesora...

Dios había querido probar hasta lo último el valor de su nueva esposa y la nueva esposa, vuelta en sí, se vió otra; se sintió heroica, mártir en Cristo, victoriosa de este miserable mundo de mentiras y traiciones.

Carlos de León y Martínez.

Arenys del Mar.

Consejos útiles

«Del Doctor Arnold Larand, médico famoso de París, para alcanzar una larga vida.»

- 1 Vivid el mayor tiempo posible al aire libre y al sol.
- 2 No comáis carne más que una vez al día. El resto del tiempo alimentáos de huevos, legumbres y leche.
- 3 Baños frecuentes.
- 4 Purgáos con frecuencia.
- 5 Evitad los vestidos impermeables, usad con frecuencia algodón.
- 6 Acostaos temprano y levantaos temprano.
- 7 Dormid en un cuarto tranquilo y oscuro y con una ventana abierta. No dormir menos de seis horas y más de siete y media.
- 8 Cortad las grandes emociones.
- 9 Bebed poco alcohol, café y té.
- 10 Evitad las casas húmedas y las demasiadas expuestas al sol y las mal ventiladas.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

CASTIGO ORIGINAL

El duque Carlos Guillermo de Brunawicck, que vivía a principios del último siglo, daba mucha importancia a la estricta observancia de las fiestas y domingos.

Supo un día que los labradores de un pueblo tenían la mala costumbre de reunirse durante el Oficio divino en una taberna, donde bebiendo, mataban el tiempo que debían pasar en el templo. En vano los sacerdotes y las autoridades clamaban contra este abuso: los bebedores continuaban en su mala inclinación.

El Duque, vestido con un viejo levitón y abrochado hasta arriba, se dirigió una mañana a dicha taberna. Doblaban las campanas en el templo llamando a los fieles, cuando se presentaba la *banda de mosquitos* precedida de un personaje ancho y de peso, y que por su nariz rubicunda y su cara iluminada manifestaba ser el presidente de aquella alegre sociedad.

Siéntase al extremo de la mesa y manda tomar asiento a su lado al Duque sin decir palabra, no sin echarle por eso una mirada de traves, como quien recela del nuevo convidado, al cual nadie recuerda haber visto en la taberna. Sin embargo, el tabernero pone delante del presidente un enorme cántaro de aguardiente. Este lo toma con ambas manos, debe una buena dosis y lo presenta al Duque diciendo: «Pasa esto a tu vecino.»

El cántaro, pues, da la vuelta por toda la mesa, llega de nuevo al presidente, quien después de darle un beso afectuoso lo remite otra vez al Duque, circulando con la misma rapidez. Cada convidado lo abraza sucesivamente con felicidad y lo suelta diciendo: «Pasa esto a tu vecino.»

A la tercera vuelta del famoso cántaro se levanta el Duque con furor, desabrocha su levita y dejando ver a todos su uniforme bien conocido y sus insignias de soberano, da con todas sus fuerzas un solemne bofetón al presidente parodiando su frase «Pasa esto a tu vecino»; y como este titubease, saca el Duque la espada y grita: «Si alguno de vosotros da con demasiada compasión y calma, que tiemble... porque sabré hacerle buena justicia y pronto.»

A esta amenaza se levantan los brazos, llueven bofetadas de uno a otro extremo de la mesa, cinco o seis veces consecutivas con la velocidad del rayo y con el estruendo de una tronada, hasta que al fin, satisfecho el príncipe con este singular castigo que daba a aquella pandilla de bebedores, los deja en paz.

Y cuentan que el domingo siguiente ninguno de ellos tuvo la tentación de entrar de nuevo en la taberna.

NOTICIAS

De nuestros periódicos de cambio

«Asturias Agraria».—Hemos recibido el primer número de esta revista quincenal que, por acuerdo unánime en la Asamblea de los Sindicatos Agrícolas adheridos a la Federación Diocesana, ha empezado a publicarse en Oviedo en 1.º de Agosto.

Es desde luego motivo de júbilo la aparición de tan importante como competente revista de cuestiones sociales y agrarias, tanto más cuanto que la avaloran presti-

giasas firmas del campo católico y la dirige el eminente sociólogo nuestro buen amigo D. M. Arboleya Martínez.

Nos creemos en el deber de recomendarla.

Ciento treinta mil obreros adheridos.—Se acaba de constituir solemnemente en Méjico la Federación de Sindicatos y agrupaciones de índole social católica, con un total de obreros adheridos que pasa de 130.000.

El acto tuvo lugar en el salón mayor del Casino Español, bajo la presidencia del reverendo padre don José María Troncoso, superior general de los misioneros josefinos, y asistiendo representaciones de la Unión de Damas Católicas Mejicanas, la Orden de los Caballeros de Colón, Unión Profesional de Tabaqueros, Sindicato de Empleados, Operadores y Obreros del ramo de Teléfonos, Unión de Empleadas Católicas, Unión Profesional de Empleados Católicos, Unión Profesional de Obreros de «La Aguja», Unión Profesional del Magisterio Católico (ramas masculina y femenina), Unión Interprofesional de clases medias «La Concordia»; Unión Interprofesional de obreros «La Concordia», etc., etc.

El espléndido resultado obtenido es obra de los Caballeros de Colón y de la Unión de Damas, instituciones que ya se han distinguido recientemente por iniciar una campaña contra la propaganda protestante, y más especialmente del Secretariado Social Mejicano, que viene dedicándose desde hace dos años a fundar Sindicatos obreros que se inspiren en la doctrina de las Encíclicas de León XIII.

A la obra cooperaron los párrocos, logrando al poco tiempo la asociación con principios católicos de los tabaqueros, telefonistas, empleados y empleadas, obreros textiles, maestros y clase media.

Un Comité directivo de la naciente Federación ha sido ya nombrado para que continúe esta obra.

Aportación voluntaria de un patrono.—Honrando el nombre que lleva la Imprenta Católica de Cáceres, propiedad de don Santos Floriano, ha establecido un régimen de previsión, que supera en mucho al legal obligatorio.

Según las disposiciones vigentes, los patronos están obligados a contribuir al régimen de previsión de sus obreros con la aportación de diez céntimos por obrero y día de trabajo; con esta aportación y la del Estado se constituye una pensión de una peseta diaria.

La aportación voluntaria del obrero forma lo que se llama el régimen de mejoras, y con ella se puede aumentar la cuantía de la pensión, anticipar ésta o constituir un capitalito, que el titular deja a sus herederos.

Pues bien, la mencionada imprenta, con sólo la aportación patronal subviene a estas atenciones. En lugar de 36 pesetas anuales por obrero, el señor Floriano impone 100, distribuidas en esta forma: 36 como cuota obligatoria, 45 como cuota voluntaria obrera para mejora de pensión y 15 por cuota también voluntaria para formar el capital hereditario.

Y todavía hace más: para poner a los obreros en condiciones legales de derecho a la pensión inmediata de invalidez en el caso de que se incapaciten para el trabajo, impone una peseta mensual en la libreta de cada uno de ellos.

Util y dulce

CHARADA... o COSA ASÍ.

Oh mes que empiezas, dulce y amargo,
según las notas que proporciones.
(Conste que hablo para estudiantes
y que a mi caso no hay alusiones.)
¡Calla! parece que escribo en verso,
sin tener de esto yo ni nociones.
Bueno, sigamos por donde salga:
y que a mi caso no hay alusiones,
que aprobé todas, todas en Junio;
lo que es el TODO feliz no se,
pero quién sabe, me falta un año,
y para entonces ¡ay! puede que...
¡PRIMA maradas! es mi deseo
que saqueis una bo dos muy complaciente
y una tres cuarta de notas altas
sin los apuros del mes presente.

(La solución después de los exámenes.)

C L X.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. P. N.—Zaragoza.—Pagó 1922.

TEJIDOS EN GENERAL ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular
de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes,
perfumería, artículos para bordar, bolsillos,
pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido
en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.
San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería
ioza y cristal. Especialidad en
herrajes para obras y herramien-
tas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.

San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas
y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes
:: :: :: :: :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

=: Esta casa recibe constantemente las más ALTAS NOVEDADES para Señora y Caballero :=
GRAN SURTIDO EN GÉNEROS BLANCOS

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

C. PRECIO FIJO :: TELEFONO 843

ACEBAL, RATO Y COMP.^a FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hie-
rro fundido y por lo tanto de gran duración; no
necesitan material de albañilería; pieza inutili-
zada se sustituye por otra; evita este sistema las
cucarachas o correderas, y su montaje se hace en
quinze minutos. Se fabrican para leña, carbón y
cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sis-
temas y se elabora cuanto se relaciona con el
rama de fundición de hierro, como placas, lu-
ceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate
de esta marca.

Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías,
fábricas de curtidos y de latería. Fundición de
bronces de todas clases. Calefacciones e insta-
laciones de riego. Reparaciones de buques y
maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono, 312.

Imp. La Reconquista.—Gijón.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vi-
drieras artísticas de colores. Grabados en vidrio.
Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos
:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

Doctor Calisto de Rato y Rocés ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES

DEL SISTEMA NERVIOSO

Quarenta y cinco años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63. GIJÓN.